

EL EVANGELIO SEGÚN JESUCRISTO

O Evangelho segundo Jesus Cristo

José Saramago, 1991

Saramago narra la historia de amor entre un joven carpintero de Nazaret y una prostituta de Magdala. Él, Jesús, nacido en la región de Galilea, pródigo en profetas que anuncian la venida del Mesías y en rebeldes que se alzan contra la dominación romana, se creará llamado a encarnar la liberación de su pueblo. Sin embargo, su encuentro y convivencia con María, una mujer tan afectuosa como sabia, lo llevará a cuestionar sus creencias sobre conceptos enfrentados: lo divino y lo humano, la familia y el amor. A diferencia de otros evangelios, en éste la madre es una mujer de pocas luces, sumisa e irrelevante, mientras que la prostituta simboliza el amor, la ternura, la prudencia e incluso la sabiduría, virtudes que un hebreo jamás reconocería en un ser creado con el solo propósito de perder a los hombres. También difieren de la versión oficial los tratamientos de Lucifer y de Judas, ambos víctimas y no verdugos. No hay traición en la denuncia de Judas, sino acatamiento del plan propuesto por el propio Jesús, que quiere evitar con su sola muerte un mayor derramamiento de sangre. El beso entre ambos (aquí es Jesús quien besa a Judas) no simboliza la infidelidad del discípulo, sino el agradecimiento del maestro hacia quien acepta una tarea tan infame.

No hay en este evangelio, dictado por la razón, ninguna última cena (episodio tan conveniente a la iglesia institucional), quizá porque el autor sabe que a Jesús las instituciones lo ponen de mal humor. Tampoco hay lotería entre Jesús y Barrabás, ni 39 azotes, ni corona de espinas, ni ladrón bueno, ni ladrón malo. La separación de este evangelio respecto a los difundidos en púlpitos y escuelas alcanza su mayor distancia cuando Jesús, en el momento de expirar, lejos de pedir a Dios que perdone la inconsciencia de los hombres, pide a los hombres que perdonen los desmanes provocados por Dios.

Como se ha dicho, el autor de este evangelio pasa por el tamiz de la razón una historia mistificada por sus predecesores. No cabe, por tanto, calificarlo de subversivo. En todo caso, fueron los evangelistas hebreos quienes subvirtieron la razón. Así lo entendió la Academia Sueca cuando, al conceder a Saramago el Premio Nobel de Literatura, destacó su capacidad para “volver comprensible una realidad huidiza, con parábolas sostenidas por la imaginación, la compasión y la ironía”.

En efecto, el fraseo coloquial mantenido a lo largo del relato hace pensar en la transcripción de una tertulia de sobremesa, donde el orador, informal pero profundo, esgrime un sentido del humor tan proclive a la finura como a la astracanada, como sucede en el relato de la anunciación (358)* o en otras expresiones: “Goliat no acabó jugando al baloncesto sólo porque nació antes de tiempo” (256); “Tampoco será propio que saliera alguien gritando Evoé o Hip hip hurra” (285); “El hijo del carpintero se ve aterrorizando a las legiones romanas, senatus populusque romanos, toma ya” (351); “Te has casado, Sí, bueno, no, no, bueno, sí” (372).

* Los números entre paréntesis corresponden a la paginación de la edición de Alfaguara 1998.

Hechos más relevantes

- Cuando José tiene veinte años (29) copula con María (27). O sea, que cuando María concibe no es virgen.
- La concepción ocurre entre los meses de Tamuz y Av (46), equivalentes en gregoriano a junio/julio y julio/agosto. Para nacer el 25 de diciembre Jesús tendría que haber sido cincomesino.
- Al quedarse nuevamente encinta, María cuestiona la diferencia de trato dado por Dios a sus hijos (144). Más tarde, un ángel le aclara que, en el caso de Jesús, Dios mezcló su semen con el de José (358).
- Jesús tuvo ocho hermanos conocidos, dos de los cuales fueron mujeres. Se llamaron Tiago (147), Lisia, José, Judas, Simón, Lidia, Justo y Samuel (148).
- José fue crucificado cuando acababa de cumplir treinta y tres años (186). Jesús tenía 13. De ahí que José no estuviera presente durante la crucifixión de su hijo. Jesús, en cambio, sí vio a su padre muerto y ayudó a su enterramiento en una fosa común (194).
- Tras la muerte del padre, Jesús abandona su casa (214).
- En el templo de Jerusalén, rebate los argumentos de un escriba (242). Luego entra al servicio de Lucifer como pastor (258).
- Con 18 años, Jesús va al desierto en busca de una oveja extraviada. Dios le revela su destino (300).
- Jesús realiza su primer prodigio, llenando de peces las redes de Simón y Andrés, dos hermanos pescadores de Genesaret (313).
- Jesús descubre el amor y la libertad en el cuerpo de una prostituta de Magdala llamada María (324).
- Jesús cuenta que es el elegido: su familia no le cree (348); la Magdalena, sí (357).
- Jesús niega su tierra y su familia: de Nazaret no soy porque ni me quieren ni los quiero yo (380).
- Jesús se da a conocer ante los pescadores como el elegido (388).
- Durante una boda en Caná, Jesús desprecia a su madre; luego, convierte el agua en vino (398).
- Jesús tiene 25 años cuando hace nuevos prodigios: sana a una enferma, impide una lapidación (403), exorciza a un poseso. El demonio dice públicamente que Jesús es hijo de Dios (406).
- Multiplicación de los panes y los peces (414).
- Jesús conversa con Dios y el Diablo durante cuarenta días (417/...).
- Para convencer al incrédulo Tomás, Jesús hace pájaros de barro y los echa a volar (460).
- Jesús agrupa a sus seguidores y les dice que ha llegado la hora (460).
- Sermón de la montaña (465). Nuevas curaciones: un leproso, Lázaro, hermano de María (467).
- Marta, hermana de María, se considera más digna de Jesús (473).
- Juan el Bautista lo reconoce como el Mesías (483).
- Jesús ordena marchar sobre Jerusalén: "Hemos probado la paz, probemos ahora la espada" (488).
- De su primera escaramuza contra los guardias, Jesús y los suyos salen maltrechos y abucheados por la multitud (492).
- Aconsejado por María, Jesús declina resucitar a Lázaro (494).
- Herodes degüella al Bautista (500).
- Jesús se rebela ante el cruento plan de su Padre y decide evitar el derramamiento de sangre inocente ofreciendo su sola muerte. Cuando pide a los suyos que lo

delaten, sólo Judas lo comprende y acepta a su pesar el papel de traidor, recibiendo por ello la gratitud de Jesús (504).

- Prendimiento y proceso a Jesús, que elige la cruz como lugar del martirio (511).

RESUMEN

Preámbulo

La narración comienza con una écfrasis (descripción minuciosa) de un grabado de la crucifixión. Con este ejercicio, el autor nos propone examinar un acontecimiento archiconocido como si fuera una primicia, desechando cualquier prejuicio canónico que pudiera contaminar nuestra percepción.

Relato

“José despertó sobresaltado, como si alguien, bruscamente, lo hubiera sacudido por el hombro” (20). José percibe el día como una serie de acontecimientos prodigiosos. “Alabado seas tú, Señor, por esto, por aquello y por lo de más allá” (25). Acuciado por una urgencia desacostumbrada, vuelve junto a su esposa, María, que entreabre sus piernas con “inusitada indolencia matinal [...] Dios que está en todas partes, estaba allí, pero siendo lo que es, un puro espíritu, no podía ver cómo [...] la carne de él penetró en la de ella [...] En verdad hay cosas que el mismo Dios no entiende, aunque las haya creado” (27).

“José es carpintero de oficio, regularmente hábil en el menester, aunque sin talento para perfecciones [...] Apenas pasa de los veinte años [...] es de lo más piadoso y justo que se pueda encontrar en Nazaret [...] María no ha cumplido ni siquiera los dieciséis años [...] No es piadosa ni justa, pero [...] la culpa es de la lengua que habla, si no de los hombres que la inventaron, pues en ella las palabras justo y piadoso, simplemente, no tienen femenino” (29/31).

Cuatro semanas después del acto carnal, “estando José en casa [...] comiendo su cena, sentado en el suelo y metiendo la mano en el plato, como era entonces general costumbre, y María, de pie, esperando que él acabase para después comer ella” (32), llama a la puerta un mendigo al que María da parte de su cena. El visitante, tras comerla, echa tierra en la escudilla. Antes de irse, dice ser un ángel. La tierra de la escudilla reluce.

Durante la comida, José se muestra receloso. Parte el pan diciendo: “Alabado seas tú, Adonai, nuestro Dios, rey del universo” (36). José repasa mentalmente la doctrina “que definía al más sabio de los hombres como aquél que mejor sepa ponerse a cubierto de las artes y artimañas femeninas. Hablarles poco y oírlos aún menos, es la divisa de todo hombre prudente [porque] a la hora de la muerte se pedirán cuentas al varón por cada conversación innecesaria que hubiera mantenido con su mujer (37). Le enfurece pensar que no sabe exactamente lo que pasó entre su mujer y el mendigo” (38).

En la sinagoga, José refiere lo sucedido. Los ancianos envían tres emisarios para que interroguen a María. Incapaces de interpretar lo sucedido,

deciden enterrar fuera la escudilla con la tierra luminosa (44). “Fue en el paso de los días del mes de Tamuz a los del mes de Av [...] cuando estos acontecimientos ocurrieron” (46). Movido por el sarcasmo de uno de los ancianos, “decidió José carpintear un camastro, porque para cama digna de ese nombre ya sabemos que no llega su ciencia, en la que María [...] pueda descansar el pesado e incómodo vientre (48).

Cercana ya la Pascua, el César decreta el empadronamiento de todos los israelitas en sus lugares de origen. José es de Belén, pueblo cercano a Jerusalén, por lo que él y María deberán emprender un viaje que los apartará un mes de su casa en Nazaret. La noticia le llega por boca de un vecino impertinente, al que sabe poner en su sitio, pues “José es fuerte en razones de doctrina”. Por el vecino sabemos que María fue concebida cuando sus padres, Joaquín y Ana, tenían una edad tan avanzada que el parto dio lugar a murmuraciones (48/53).

José y María son invitados a la cena de Pascua en casa de su vecino. “Hacia el fin de la cena, la pobre María se sentó en la puerta” (53), cayendo en un sopor del que la despierta sobresaltada la imagen fugaz del mendigo, o del ángel, que la mira y desaparece sin decir una palabra. Tres días después, parten hacia Jerusalén. “Con José y María viajan otras dos familias de las numerosas [...] unas veinte personas, casi una tribu” (58).

“Los hombres caminan delante, formando un grupo, y con ellos van los chicos que han cumplido ya trece años, mientras que las mujeres [...] de todas las edades, forman otro confuso grupo allá atrás, acompañadas por los chiquillos pequeños” (59).

Durante la primera pernocta, un anciano que “se llamaba Simeón, usando de la autoridad que le confería la edad y de la sabiduría que se cree es su efecto, interpeló a José sobre” la posibilidad de que el parto no se haya producido en el momento del empadronamiento. José da una nueva muestra de su agudeza verbal y, tras un agrio debate, logra que el anciano se retire despechado (62/65). [María] se alegró con la victoria de su marido, como es obligación de toda mujer” (66).

Al día siguiente, José pide disculpas al anciano, que le advierte sobre una visión que ha tenido: “sería mejor que los romanos no supieran nada de la existencia de tu hijo” (69). Luego, desvaría sobre la naturaleza de las mujeres, que “inventaron aquel primer pecado del que todos los demás nacieron.” El anciano se pregunta “qué partes divina y demoniaca las componen, qué especie de humanidad llevan dentro de sí [...] cómo generan los seres que somos, si no será por voluntad de ellas por lo que cada uno de nosotros es este poco y este mucho, esta bondad y esta maldad, esta paz y esta guerra, revuelta y mansedumbre”. A José “le costaba trabajo aceptar que una mujer pudiera tener tanta importancia.” Al mirar a María, la vio acompañada por el mendigo/ángel y “se estremeció de la cabeza a los pies” (69/71).

Los galileos atraviesan atemorizados las tierras de Samaria, pobladas por habitantes hostiles (“no vale mencionar alguna excepción conocida”). Cerca de Jerusalén, algunos abandonan el grupo. José, que no ha dejado de pensar en el mendigo, “tiene la certeza de que fue beneficiario de un obsequio particular de Dios, que le permitió ver a su propio hijo antes de haber nacido”. Desde ese momento, camina al lado de María, “feliz porque ocupa el lugar de su hijo, es al mismo tiempo el padre y el hijo” (78).

A la vista de Jerusalén, todos aceleran el paso, quedando atrás María y José. Súbitamente, ella siente un dolor extraño, porque no es suyo sino del hijo que lleva en el vientre, “porque no fue en su propio cuerpo donde notó el dolor [sino en] el hijo que dentro de ella está” (80). María siente el dolor como una “lanzada”, como “unas punzadas de espino” (81). Belén es “el lugar de la casa y linaje de David, al que José dice pertenecer” (83). En Belén no encuentran más cobijo que el de una cueva con establo y la ayuda de una esclava que “lleva un pote con brasas para el fuego, una cazuela de barro para calentar agua y sal para frotar al recién nacido, no vaya a tener una infección” (89). Alertados por los gritos de María, tres pastores se acercan, ofreciendo leche, queso y pan. Esa misma noche nace el niño (91). María reconoce al mendigo en el pastor que ofrece el pan.

El rey Herodes sufre de una horrible comezón que lo pone a las puertas de la locura. Sólo lo mantiene vivo una furiosa paranoia que lo lleva a ordenar la muerte de supuestos enemigos, entre ellos sus propios hijos. En sus delirios ve al profeta Miqueas. Enumeración de los crímenes de Herodes (93/96).

Al octavo día del nacimiento, José lleva a su hijo a la sinagoga para que lo circunciden. Ese prepucio en el siglo octavo será santificado por el papa Pascual I. “Quien quiera verlo hoy no tiene más que ir a la parroquia de Calcata, que está cerca de Viterbo” (97). El niño queda censado con el nombre de Jesús. José busca trabajo en las obras del templo de Jerusalén, a hora y media de camino a buen paso. “María no respondió ni tenía que responder, estaba allí sólo para oír y ya era mucho favor el que el marido le hacía” (101). José supera la prueba y obtiene el empleo. De regreso, ora ante la tumba de Raquel, “la esposa más amada de Jacob” (102).

Cinco semanas después, “el niño Jesús fue llevado al Templo en brazos de su madre, cabalgando ella el paciente asno que [...] José lleva del roncal” (105). “Poco después, el infante Jesús despertó y pidió alimento con su voz de llanto, única que hoy tiene. Un día aprenderá otras voces y gracias a ellas sabrá expresar otras hambres [...] Ya cerca de Jerusalén, la familia se confundió con la multitud de peregrinos y vendedores que aflúan a la ciudad (106). Ahí está el Templo (107) que mandó construir Herodes [...] Van a entrar por la puerta de la Leña, una de las trece por donde se llega al Templo y que, como todas las otras, tiene en proclama una lápida esculpida en griego y en latín que así reza, A ningún gentil le está permitido cruzar este umbral, aquél que se atreva a hacerlo lo pagará con su vida”. José compra dos tórtolas al comisario que tiene el monopolio de su venta y las entrega al sacerdote para el sacrificio. “Es lo que quiere la ley para reconocer la purificación de María”. María se detiene ante la puerta de Nicanor “porque no les es permitido a las mujeres entrar en el Patio de los Israelitas” (110).

“Dentro, aquello es un degolladero, un macelo, una carnicería [...] y se ve la frenética actividad del arsenal de los mataderos, los cuchillos, los ganchos, las hachas, los serruchos, la atmósfera está cargada de humos, de vapor de sangre y de sudor, un alma cualquiera tendría dificultades para entender que Dios se sienta feliz en esta carnicería, siendo como dice que es, padre común de los hombres y de las bestias” (111) [Descripción del sacrificio.]

Herodes recibe en sueños la visita del profeta Miqueas, quien le anuncia que ha nacido en Belén aquél que gobernará Israel (114-116). José escucha a unos soldados recibir la orden de matar a todos los niños de hasta tres años nacidos en

Belén, unos veinticinco (119-120). José deja el tajo y, sin detenerse a cobrar su salario, corre a Belén: si alguien le preguntase por su prisa le diría “que salimos mañana temprano y tenemos que hacer las maletas” (124).

Vámonos de aquí, rápido, y María lo miró sin entender, Que nos vayamos, preguntó, y él, Sí, ahora mismo, Pero tú habías dicho, Cállate y arregla las cosas yo voy a sacar el burro, No cenamos primero, Cenamos de camino, Va a caer la noche, nos vamos a perder, y entonces José gritó, Te he dicho que te calles y haz lo que te mando. Se le saltaron las lágrimas a María, era la primera vez que el marido le levantaba la voz (124). José aguzó el oído, dio unos pasos y de repente se le erizaron los cabellos, alguien gritaba en la aldea, y luego, inmediatamente, un clamor de nuevos gritos y llantos llenó la atmósfera [...] Qué gritos son esos, preguntó María, y José respondió, Están matando gente, niños por orden de Herodes (125). María estaba alzando al hijo del comedero y lo apretaba contra su pecho, Jesús, que te quieren matar, La orden es matar a los niños de Belén que tengan menos de tres años, Y ahora, qué hacemos, Estamos fuera de la aldea, no es lógico que los soldados vengan a rebuscar por estas cuevas, si nadie nos denuncia, nos salvamos (126).

Cuando José sale a ver si se han ido los soldados, entra el ángel y dice a María: “Todo lo que era necesario que ocurriera ha ocurrido ya”, y culpa a José de la muerte de los niños por no haber avisado a sus padres: “Fue la crueldad de Herodes la que hizo desenvainar los puñales, pero vuestro egoísmo y cobardía fueron las cuerdas que ataron los pies y las manos de las víctimas [...] No hay perdón para este crimen, antes sería perdonado Herodes que tu marido. Dijo María, Y mi hijo. Dijo el ángel, Sobre la cabeza de los hijos caerá siempre la culpa de los padres” (130). José sueña que es soldado y va hacia Belén para matar a su propio hijo. A la mañana siguiente salen para Galilea.

“Pasaron ocho meses desde el feliz día en que José llegó a Nazaret con la familia [...] cuando llegaron noticias de que el rey Herodes había muerto en Jericó [y el reino] se había dividido entre tres de los hijos [Herodes Filipo, Herodes Antipas y Arquelao]” (137). El insomnio y el remordimiento atormentan a José por no haber salvado a todos los niños de Belén (139-141). “Un ángel realmente merecedor de ese nombre podía haberle ahorrado al pobre José esta agonía. Bastaba con que se les apareciese en sueños a los padres de los niños de Belén, diciéndoles uno a uno, Levántate, coge al chiquillo y a su madre, escapa a Egipto [...] Pero los ángeles, hasta pudiendo mucho, como se ha visto, llevan consigo ciertas limitaciones de origen, en eso son como Dios, no pueden evitar la muerte” (143).

“María está de nuevo encinta (141). Por qué se me apareció el ángel anunciándome el nacimiento de Jesús, y ahora de este hijo no (144). Si él estuviese aquí ahora no se dejaría intimidar como las otras veces, lo acosaría a preguntas hasta rendirlo, una mujer con un hijo fuera y otro dentro no tiene nada de cordero inocente. En primer lugar tendría que explicarle quién era el Señor en cuyo nombre parecía hablar (146). Nació el segundo hijo, al que dieron el nombre de Tiago (147). Después de Tiago nació Lisia, después de Lisia nació José, después de José nació Judas, Simón, Lidia, Justo, Samuel, y si alguno más vino, murió pronto, sin entrar en el registro” (148). El autor sugiere una relación entre el “insistente esfuerzo de procreación” de José y su remordimiento por los niños que dejó morir en Belén, que lo impulsaría a restablecer el censo (149). “El remordimiento de Dios y el remordimiento de José eran un solo remordimiento. [Dios] cometió una falta que ni a

hombre sería perdonable. Con cada hijo que José iba haciendo, Dios levantaba un poco más la cabeza, pero nunca acabará de levantarla por completo” (150).

“Cuando llegó a los cinco años, el hijo de José empezó a ir a la escuela [...] El niño debe criarse en la Tora como el buey se cría en el corral [...] Mejor sería que la ley pereciera en las llamas que entregarla a las mujeres” (150). José inicia a sus hijos en la carpintería (153).

“Decidió Roma, dando como pretexto la división del antiguo reino de Herodes, poner al día el censo” (154). Recordatorio del censo hecho por el rey David: Israel, ochocientos mil hombres de guerra; Judá, quinientos mil. Como ya ocurriera entonces, algunos hombres se levantan, en esta ocasión contra el ocupante. “El jefe de la revuelta contra los romanos, iniciada cuando el primogénito de José andaba ya por los once años, tenía por nombre Judas y había nacido en Galilea (158). [José] casi todas las noches se las pasaba gimiendo y gritando de angustia y de pavor, hasta el punto de despertar a los niños, que a su vez se ponían a llorar (160). Varo, el gobernador de Siria, se acercaba con dos legiones para acabar de una vez con aquella intolerable insurrección que llevaba ya en pie más de tres años” (169). El avance de los romanos deja tras de sí un rastro de mártires crucificados. En las aldeas cunde el terror porque “no es preciso tener culpa para ser culpable” (173). José recibe la noticia de que su vecino Ananías está malherido en Séforis, a ocho kilómetros de Nazaret, y va en su busca. Por el camino se cruza con grupos de fugitivos que lo miran con sorpresa y tratan de hacerlo desistir (174). En Séforis, José busca entre decenas de heridos y cadáveres hasta dar con su vecino. Aún vive, aunque muere durante la noche. En su lugar, José decide llevarse a un joven de la edad de Jesús, pero comprueba que le han robado el burro. Desesperado, José deambula por las calles en busca del animal hasta ser detenido por los romanos. “Dios no perdona los pecados que manda cometer (181). Voy a morir, y voy a morir inocente (183). José alzó los brazos y dio un grito, Salvadme, que yo no soy de éstos, salvadme, que soy inocente (184). José fue el último en ser crucificado, le tocó así, y tuvo que asistir, uno tras otro, al tormento de sus treinta y nueve desconocidos compañeros (185). El carpintero llamado José, hijo de Heli, acababa de cumplir treinta y tres años” (186). Mientras unos soldados quiebran las tibias de los crucificados, otros incendian la ciudad de Séforis. “Los crucificados, unos dos mil, permanecerán en la memoria de las gentes de Judea y de Galilea” (187).

“Acompañada de su hijo primogénito, María repite el camino que José hizo ayer” (188). Fatigada, María pide a Jesús que se adelante; el niño encuentra el cadáver de su padre al pie de una cruz. Poco después, llega María. “Es posible que en la muerte se acabe realmente todo, pero tampoco nada nos garantiza que, al menos durante unas horas, no se mantenga una memoria del sufrimiento de un cuerpo que decimos muerto” (191). Jesús recibe un azadón y colabora a excavar una fosa amplia donde cupiesen todos los cuerpos (194). Al caer la noche, María y Jesús regresan a Nazaret bajo un fuerte aguacero. Jesús da la noticia a sus hermanos. Después, se viste la túnica y se calza las sandalias de su padre. A partir de entonces, cada noche sufrirá terribles pesadillas (196).

“En la cabeza de María surgió [la idea] de que el hijo era ahora el jefe de familia, y, siendo así, estaba bien que ella, su madre y subordinada, pusiese todo el empeño en mostrarle el respeto y la atención convenientes (203). Salvo Jesús [...] los demás, incluida María, parecen tranquilos, con una serenidad compuesta, porque está escrito, Lloro amargamente y rompo en gritos de dolor [...] pero la mejor lección

es la del Eclesiastés, que dice, Por eso alabé la alegría, porque para el hombre no hay nada mejor bajo el sol que comer, beber y divertirse” (204). Jesús cuenta su sueño a María: en una aldea, él y otros niños esperan la llegada de los romanos que han de matarlos. “Te llamo, pero te has ido, llamo a mi padre, que viene a matarme” (207). Jesús exige a María que le revele el sueño de su padre. Al conocerlo, “su voz se soltó en un grito irremediable, Mi padre mató a los niños de Belén [...] Jesús se tiró al suelo, llorando, Los inocentes, los inocentes, decía” (212).

Jesús deja su familia

“Pasados dos días, Jesús se fue de casa” (214). Aunque se lleva la alforja y las sandalias de su padre, rehúsa mencionar el nombre de José. “No quiero hablar de él [...] Murió inocente, pero no vivió inocente, Jesús, el demonio está hablando por tu boca, Cómo puedes tú saber que no es Dios quien habla por mi boca” (216). La primera noche con Jesús ausente el mendigo-ángel se lleva la planta enigmática nacida trece años antes donde enterraron la escudilla. María saldrá adelante como cardadora de lana (219). “Jesús fue asaltado por dos maleantes que le robaron el poco dinero que tenía” (223). Al caer la noche, Jesús llama a la puerta de un samaritano, que le da cena y cobijo; las demás noches no tiene la misma suerte. Días después, llega a Jerusalén, cansado y hambriento. Un fariseo filántropo compra pan y leche para Jesús, dándole además dos monedas (232).

En el templo de Jerusalén, Jesús asiste al duelo verbal entre un agitador y un escriba. “Cinco de los vuestros perseguirán a un centenar, y cien de los vuestros perseguirán a diez mil, dijo el Señor, y vuestros enemigos caerán bajo vuestra espada [pero] el Señor consiente que nuestras espadas no se levanten contra la fuerza que nos está oprimiendo, que cien de los nuestros no se atreven contra cinco de ellos, que diez mil judíos tienen que encogerse ante cien romanos.” El escriba rebate los argumentos del rebelde. “El Señor conoce sus fines, el Señor elige sus medios [...] el querer de Dios puede ser un no querer y su no querer, su voluntad [...] el hombre es libre para poder ser castigado.” A la pregunta de otro hombre, el escriba responde: “También tú vienes aquí a provocar la ira del Señor con interpretaciones diabólicas de su palabra. Se oyeron murmullos de aprobación que hicieron brillar los ojos del escriba como los del vencedor de pancracio, o los de un discóbolo, un reciarío, un conductor de carros” (234-239).

Entonces, Jesús pregunta sobre la culpa. Si “el hombre es libre para poder ser castigado, creo que es legítimo pensar que el delito del padre no queda extinto con el castigo y forma parte de la herencia que transmite al hijo, como los vivos de hoy heredamos la culpa de Adán y Eva.” Las cuestiones de Jesús apoyadas por el segundo rebelde, acaban por abatir al escriba. “El hombre presuntuoso que hasta entonces había sido desapareció. Está sentado en el suelo, como antes [...] decaídos los hombros, tenso el rostro [...] Los circunstantes empezaron a levantarse.” Solo frente al escriba, Jesús insiste en su pregunta. “La culpa es un lobo que se come al hijo después de haber devorado al padre, Ese lobo de que hablas ya se comió a mi padre, Entonces sólo falta que te devore a ti, Y tú, en su vida, fuiste comido o devorado, No sólo comido y devorado, sino también vomitado. Jesús se levantó y salió. Atrás quedaba un hombre roto y dilacerado por el vacío” (242).

En Belén, Jesús encuentra el túmulo de los veinticinco niños asesinados. También conoce a Zelomi, su comadrona: “Las primeras manos que te tocaron no fueron las de tu madre, sino las mías” (248). Jesús conversa con Zelomi. “La muerte de los niños la decidió la voluntad de un hombre, Poco puede la mano de Dios si no basta para interponerse entre el cuchillo y el sentenciado, Hoy, en el Templo, oí decir que todo acto humano interfiere la voluntad de Dios, y que el hombre sólo es libre para ser castigado, No es de ser libre de donde viene mi castigo, sino de ser esclava” (249). Jesús se queda en la cueva donde nació y donde ahora sufre el remordimiento de sentirse único culpable de la matanza. La entrada del Pastor lo despierta. Tras una breve conversación, Jesús es aceptado como ayudante. El Pastor señala las ovejas y cabras: “Éste es mi rebaño, procura no perder ni uno solo de estos animales” (258).

“A decir verdad, no se sabe quién es (260). Es extraño que Pastor, que así quiso él que lo llamáramos, no parezca tener amo que lo gobierne (261). Jesús sabe que su enigmático compañero no es un ángel del Señor, pues los ángeles cantan a todas horas las glorias del Señor” (263). Tras observar que Pastor no reza al Señor, Jesús decide marcharse. “Me voy porque no debo vivir al lado de alguien que no cumple sus obligaciones con el Señor, No soy judío, no tengo que cumplir obligaciones que no son mías.” Jesús se revuelve ante estas palabras: “Sólo el Señor es Dios, Mejor sería que hubiese dos, así habría un dios para el lobo y otro para la oveja, uno para el que muere y otro para el que mata [...] no me gustaría verme en la piel de un dios que al mismo tiempo guía la mano del puñal asesino y ofrece el cuello que va a ser cortado, Quién es tu Dios, No tengo dios.” Pastor espera la decisión de Jesús “tan tranquilo como si supiera que todo el tiempo futuro estaba a su disposición. Si te quedas te arrepentirás de no haberte marchado, y si te vas, te arrepentirás de no haberte quedado.” Jesús se queda con Pastor (264-267).

Jesús recuerda haber oído a unos viejos decir que el Diablo ha creado bajo la tierra un mundo cuya única diferencia con el nuestro es que el Diablo no prohíbe nada, y por tanto no hay pecado. Por supuesto, los viejos fueron expulsados de Nazaret a pedradas (269).

Pastor sigue planteando a Jesús cuestiones éticas y teológicas: “Quién ha creado tu cuerpo, Dios fue quien me creó, Tal como es y con todo lo que tiene, Sí, Podría Dios rechazar como obra no suya lo que tienes entre las piernas.” Las palabras de Pastor avergüenzan a Jesús: “Te digo que escojas una oveja, a no ser que prefieras una cabra. Vas a necesitarla si realmente no eres un eunuco.” Jesús recuerda que Dios condena la zoofilia; Pastor se dirige a las ovejas: Dios permite que os trasquilen, os maltraten, os maten y os coman, pero condena que os fornicuen. Pastor se aleja con su rebaño. Jesús duda, pero lo sigue (270-272).

Jesús sigue teniendo pesadillas. “Pastor lo despierta suavemente, Qué es eso, qué es eso, dice, y Jesús pasa de la pesadilla a sus brazos, como si de su desgraciado padre se tratase [...] Jesús acabó por sentirse a gusto en compañía de Pastor, imaginémoslo nosotros mismos, el consuelo que será no vivir solos con nuestra culpa, tener al lado alguien que la conozca y que no tenga que fingir que perdona lo que perdón no puede tener” (278).

Jesús va a Jerusalén a celebrar la Pascua. No quiere llevar consigo un cordero para el sacrificio porque “no llevaría a la muerte algo que he ayudado a criar” (280). Como no tiene dinero, pide limosna para comprar uno hasta que un

anciano le regala un cordero. Sin embargo, cuando llega al templo, convertido en carnicería, “Jesús decidió, contra el respeto y la obediencia, contra la ley de la sinagoga y la palabra de Dios, que este cordero no morirá” (286). Jesús mete el cordero en la alforja y huye de Jerusalén. En el camino encuentra a su madre y algunos de sus hermanos. María propone que vayan juntos al sacrificio, cada cual con su cordero, pero Jesús se niega. “Si salvo a este cordero es para que alguien me salve a mí” (290). Jesús cuenta a María su relación con el Pastor; la mujer cae al suelo y trata de prevenir a su hijo. “Ese hombre es un demonio, el día en que tu padre supo que estaba embarazada de ti, apareció en la puerta como un mendigo y dijo que era un ángel, Lo volviste a ver, Cuando tu padre y yo fuimos a Belén a censarnos, en la cueva donde naciste y la noche después del día en que te fuiste de casa, Ese hombre, que no es hombre, ese ángel o demonio, me acompaña desde que nací y quiero saber por qué, Esa no es ciencia de Dios, También se aprende con el Diablo, Y tú estás en su poder, Si por su poder se salva este cordero, algo se habrá ganado hoy en el mundo, No ofendas a Dios, tú que vives con un demonio, Quién sabe, quizá sea un ángel servidor de otro Dios que vive en otro cielo, Hasta parece que quieras más a ese cordero que a tu familia, En este momento, sí” (292).

Jesús se despide de su familia y reanuda el camino de regreso. Cuando avista el rebaño estalla una tormenta seca. Un rayo cae sobre un olivo, incendiándolo. Jesús se desmaya (293). Al volver en sí comprende que ha sido un aviso del Señor: puedo matarte cuando quiera. Pastor sugiere marcar al cordero de Jesús para identificarlo. Como Jesús no se atreve, Pastor da un tajo en una oreja del animal, arrojando al fuego el trozo de carne en un gesto que consuma el sacrificio esperado por Dios. Tres años después, esta oveja se apartará del rebaño y Jesús irá a buscarla (297).

“Jesús entró en el desierto. Pocos pasos más allá, notó, de súbito, que las viejas sandalias que fueron de su padre se deshacían bajo sus pies (299). A los dieciocho años, siendo judío, más es hombre hecho y derecho que mocito adolescente [...] Luego, dejó caer la alforja y el cayado y, levantándose la túnica por el orillo, se la quitó por la cabeza, quedando, como Adán [cuando lo expulsaron del paraíso], desnudo” (300). Con el cuerpo lacerado por el sol, la arena y los espinos, Jesús llega hasta la oveja, pero cuando corre hacia ella, lo detiene una voz que surge de “una nube de la altura de dos hombres, que era como una columna de humo girando lentamente sobre sí misma. Quién me habla, Yo soy el Señor, y Jesús supo entonces por qué tuvo que desnudarse en el umbral del desierto” (301). Dios le anuncia que en su momento le pedirá la vida; a cambio tendrá el poder y la gloria. Luego, le pide que sacrifique a la oveja. “El cordero era mío y tú me lo quitaste, ahora paga la oveja aquella deuda.” Jesús coge el cuchillo que Dios le ofrece y descarga un golpe mortal sobre la oveja, que “no soltó ni un balido, sólo se oyó, Aaaah, era Dios, suspirando de satisfacción” (303). Cuando Jesús cuenta a Pastor lo sucedido, éste le repudia: “No has aprendido nada, vete” (304).

Con la piel de una oveja, Jesús se hace un calzado y parte hacia el río Jordán (306). Mientras lava sus pies oye el canto de una mujer. Imaginarla desnuda le provoca una erección. “Busca un rincón escondido y hacia allí se encamina, pero se detiene de súbito, ha recordado a tiempo que el Señor le quitó la vida a Onán por derramar su semen en el suelo” (310). En una aldea próxima al lago Genesaret, Jesús compra unas sandalias. Durante su viaje “Jesús se ganó el sustento ayudando en lo que sabía, que era nada, y en lo que podía, que era poco” (312). Tras ayudar a unos pescadores, “Jesús fue al mar, en la barca de dos hermanos que se

llamaban Simón y Andrés, ninguno de los dos con menos de treinta años” (313). Cuando al final de la jornada, con una pesca exigua, los hermanos deciden regresar, Jesús les pide que echen la red tres veces. “Andrés lanzó la red y la red vino llena (313) [y así las otras dos veces]. El azar hace estos y otros milagros, pero Jesús dentro de sí, se estremeció (314). Dijo Simón, Ayuda a escoger, [Y Jesús dijo:] todo lo que, en las aguas, no tiene escamas y aletas, será para vosotros abominable” (315). En la orilla, todos los pescadores, que han regresado con las barcas vacías, preguntan, pero no obtienen respuesta. Al día siguiente, Jesús rechaza la oferta de faenar con Tiago y Juan, hijos de Zebedeo, y parte hacia Nazaret (316).

Jesús conoce a María de Magdala

“Quiso el destino que, al atravesar la ciudad de Magdala, se le reventase una herida del pie” (317). Jesús pide ayuda en una casa aislada de las otras, siendo auxiliado por una prostituta. “Cómo puedo agradecértelo, preguntó Jesús, Guárdame en tu recuerdo, nada más, No te olvidaré, Por qué, Porque eres hermosa, Si quieres agradecérmelo, quédate este día conmigo, No puedo, no conozco mujer, Así tenemos que empezar todos” (322). María desnuda a Jesús, lo lava y lo lleva a la cama; viéndola desnuda, Jesús “supo lo que en verdad querían decir aquellas palabras del rey Salomón, Las curvas de tus caderas son como joyas, tu ombligo es una copa redondeada llena de vino perfumado, tu vientre [...], tus senos [...] No has aprendido nada, dijo Pastor. Ahora, María de Magdala le enseñaba (324). No te unirás a mí por lo que te enseñé, pero quédate esta noche conmigo. Y Jesús, sobre ella, respondió, lo que me enseñas no es prisión, es libertad, Te amo porque te he ayudado y te he enseñado, pero tú no podrás amarme a mí, pues no me enseñaste ni me ayudaste, No tienes ninguna herida, La encontrarás si la buscas, Qué herida es, Esa puerta abierta por donde entraban otros y mi amado no, No podemos vivir juntos,Quieres decir que no puedes vivir con una prostituta, Sí, Mientras esté conmigo, no seré una prostituta, en tus manos está el que siga siéndolo o no, Me pides demasiado. Jesús se quedó una semana en casa de María de Magdala” (326). Decidida a dejar la profesión, María despide con acritud a cuanto cliente llama a su puerta. Jesús vuelve a tener la antigua pesadilla (329).

En Nazaret, Jesús se reúne con su familia, “todos abrazados en medio del patio, era, realmente, la alegría de las familias reencontradas” (336). Durante la cena, Tiago le pregunta si trae dinero. Para demostrar su pobreza, Jesús vacía la alforja, sorprendiéndose del nudo hecho en un extremo de la túnica. Al deshacerlo, aparecen veinte monedas, puestas allí por la Magdalena. Jesús decide que se empleen “en el gobierno de la casa” (340), aunque luego deja sólo la mitad para la dote de Lisia.

Jesús vuelve a soñar con su padre, pero esta vez no hay temor, sino paz entre ambos, que son mecidos por el agua de un río (342). Al día siguiente, Jesús cuenta a María, Tiago y José su encuentro con Dios: no le creen. Entonces recoge sus cosas y se marcha, llevando consigo la escudilla que dejó el Diablo cuando anunció su nacimiento y diez monedas, que piensa devolver a la Magdalena. “Este hombre, que lleva en sí una promesa de Dios, no tiene otro sitio adonde ir sino a casa de una prostituta. No puede regresar al rebaño, Vete, le dijo Pastor, ni volver a su casa, No te creemos, le dijo la familia” (348).

Solo, andando por los caminos de Galilea, el espíritu de Jesús va de la más sombría depresión a la idea vanidosa de ser el Mesías prometido, “y el hijo del carpintero se ve convertido en capitán, general y mando supremo, espada en alto, aterrorizando, con su simple aparición, a las legiones romanas, lanzadas a los precipicios como piaras de cerdos posesos de todos los demonios, senatus populusque romanos, toma ya” (351). En Magdala, María lo recibe con abrazos y lágrimas. Cuando Jesús le revela su secreto, María le cree, pero se entristece. “No sé nada de Dios, a no ser que tan atroces deben ser sus preferencias como sus desprecios, Adónde has ido a buscar tan extraña idea, Tendrías que ser mujer para saber lo que significa vivir con el desprecio de Dios, y ahora tendrás que ser mucho más que un hombre para vivir y morir como el elegido” (356). Jesús sale a buscar trabajo para vivir con María como marido mujer. “Trabajo, Jesús no encontró, pero encontró risas, burlas e insultos. Dos semanas aguantó las burlas, al cabo de las cuales le dijo a María, Me voy, Adónde, A la orilla del mar. Partieron de madrugada y los habitantes de Magdala no llegaron a tiempo de aprovechar nada de la casa que ardía” (357).

Pasados unos meses, un ángel entró en casa de María de Nazaret [para explicarle, a buenas horas, que el Señor puso su simiente mezclada con la de José la primera vez que concibió (358). El ángel reprocha a María no haber creído a su hijo y María culpa al Señor de haber permitido que Jesús pasara tanto tiempo con el Diablo. “De qué demonios hablas, Del pastor, Ah, el pastor, Lo conoces, Fuimos a la misma escuela” (360). Tras escuchar la revelación del ángel, María manda a Tiago y José que busquen a Jesús (365). Tiago elige ir a Tiberíades. Allí trabajan acarreando piedras hasta convencerse de que nadie ha visto a su hermano (367). Entonces bajan al mar, donde unos pescadores dicen conocerlo y desearlo, porque “estando él dentro de una barca, el pescado viene a las redes como jamás se vio” (368).

Tras muchas idas y venidas, encuentran a Jesús, para irritación de Tiago y contento de José (370). Turbado por la presencia de María, Tiago recita el recado de su madre, pero Jesús se niega a regresar a casa dando una nueva muestra de su poco apego a la familia (372). “Es tu madre, somos tus hermanos, Quién es mi madre, quiénes son mis hermanos, mis hermanos y mi madre son aquellos que creyeron en mí y en mi palabra, mi madre y mis hermanos son aquellos que no necesitan esperar a la hora de mi muerte para apiadarse de mi vida” (374).

Todo el mundo pescador de la margen occidental del mar de Galilea, anda pidiendo, reclamando, exigiendo a Jesús, y ya en otros lugares lo reciben con fiestas, palmas y flores. Pero [...] también ocurrió que riñeron pescadores con pescadores, aldeas con aldeas, porque todos querían tener a Jesús sólo para ellos. Cuando tal cosa sucedía, Jesús se retiraba al desierto y sólo volvía cuando los díscolos arrepentidos iban a rogarle que perdonara sus excesos. Lo que para siempre quedará por explicar es por qué razón los pescadores de la margen oriental nunca despacharon delegados para este lado de acá dispuestos a discutir y establecer un pacto justo que a todos beneficiase por igual, excepto a los gentiles” (375).

En el camino de regreso, Tiago y José pasan por Magdala, curioseando en los escombros de la que fue casa de María (378). Jesús pregunta a la Magdalena por su familia. “Y ella respondió que tenía un hermano y una hermana que vivían en Betania de Judea, ella se llamaba Marta, él Lázaro, pero los dejó cuando se prostituyó para no avergonzarlos, Entonces, tu nombre debería ser María de

Betania, Pero en Magdala me encontraste, por eso de Magdala quiero seguir siendo, A mí no me llaman Jesús de Belén, pese a haber nacido en Belén, de Nazaret no soy porque ni me quieren ni los quiero yo, tal vez debería llamarme Jesús de Magdala” (380), nueva muestra del desarraigo de Jesús hacia la familia y la tierra.

Un día, estando Jesús en el mar, en la barca de Simón y Andrés, se desató una tormenta pavorosa. “Entonces, de pie, firme y seguro como si debajo lo sostuviera un sólido suelo, gritó, Cállate, e iba esto para el viento, Aquíetate, y esto para el mar, apenas dijo estas palabras se calmaron el mar y el viento” (385). Hecha la calma, todas las barcas rodean la de Simón; Jesús dice a los pescadores: “Esto que acabáis de ver no lo he hecho yo, yo sólo soy la lengua de que se sirvió Dios para hablar, acordaos de los profetas (386). No digáis a nadie nada de lo que aquí ha pasado, porque aún no ha llegado el tiempo de que el Señor confirme la voluntad que quiere ejecutar en mí. Dijo entonces Tiago, el hijo mayor de Zebedeo, No creas que el pueblo va a callar, míralos allí en la orilla, cómo te esperan para aclamarte. Jesús, resignado, dijo, Vamos, el vino está en el vaso, hay que beberlo [...] Acompañados de los amigos [Jesús y María subieron] a Cafarnaúm, la aldea donde vivían Simón y Andrés, en cuya casa, de momento, habitaban” (388).

Un año después, Lisia, que ya se ha casado y vive en Caná, invita a su madre a la boda de una cuñada. María lleva consigo a José, que ahora es su favorito, y Lidia (391). También Jesús acude (393), acompañado de María y Andrés, pariente del novio (394). “Jesús avanzó hasta su madre y la saludó, conjuntamente a los hermanos, con las palabras de quien todos los días se encuentra, sobrias, sin emoción. Hecho esto, siguió adelante, dejando a María como una transida estatua de sal y perdidos a los hermanos [...] A Jesús le fue concedido un lugar de importancia, porque Andrés informó a sus parientes de que aquél era el hombre que atraía a los peces hacia las redes y que domaba las tempestades, pero Jesús rechazó el honor y se sentó con los otros” (395). María madre habla con María amante, que no oculta su antigua profesión. La de Nazaret dice: “Yo te bendigo, María de Magdala, por el bien que a mi hijo Jesús has hecho, abrió los brazos y la abrazó” (396).

Ante la alarma de los anfitriones, que se han quedado sin vino, María se acerca a su hijo para pedirle un prodigio, pero Jesús reacciona con aspereza: “Mujer, qué hay entre tú y yo, palabras éstas tremendas, un hijo no trata así a la madre que le dio el ser (397). Jesús comprendió que el Señor se había servido de ella como antes se sirvió de la tempestad o de la necesidad de los pescadores.” Jesús manda a los servidores llenar seis cántaras de barro usadas para la purificación y vierte en cada una un poco del vino que aún queda en su copa, convirtiendo el agua en el mejor de los vinos (398).

“Comenzó entonces el tiempo de la gran espera (400). Todas las mañanas, al despertarse, Jesús se preguntaba en silencio, Será hoy. Días hubo en los que olvidaba la pregunta y la ansiedad y se refugiaba en el cuerpo de María de Magdala como si entrara en un capullo del que sólo podría renacer transformado. Así pasaron las semanas y los meses, pasaron los años también” (401).

“Y he aquí que, cuando iba Jesús por sus veinticinco años, nuevas señales se sucedieron, como si alguien, con repentina prisa, pretendiera recuperar un tiempo malgastado.” Jesús sana a la suegra de Simón sólo con tocar su frente. “La segunda fue más reveladora, porque supuso un desafío frontal de Jesús a la ley

escrita y observada.” Jesús impide que una adúltera sea lapidada "conforme a la ley de Moisés. Quien de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra. Lo que Jesús no parece haber pensado es que si nos quedamos esperando que aparezcan en el mundo estos juzgadores sin pecado, mucho me temo que crezca desmesuradamente el crimen y prospere el pecado, yendo por ahí sueltas las adúlteras, ahora con éste, luego con aquél, y quien dice las adúlteras, dirá el resto, incluyendo los mil nefandos vicios que determinaron que el Señor enviase una lluvia de fuego y azufre sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra” (403).

Jesús propone a los hijos de Zebedeo ir a la orilla oriental del lago. Allí les sale al paso un poseso que ha escapado de sus guardas. “Venía la bestia-fiera tendiendo las garras y mostrando los colmillos, de los que pendían restos de carnes putrefactas, y el cabello de Jesús se erizaba de terror, cuando a dos pasos de él, se tira el endemoniado al suelo y clama en voz alta, Qué quieres de mí, oh Jesús, hijo de Dios Altísimo, por Dios te pido que no me atormentes (405). Esta fue la primera vez que en público una voz se levantó para anunciar que este Jesús de Nazaret era hijo de Dios, lo que él mismo hasta entonces desconocía. [Jesús] le preguntó al espíritu, Cómo te llamas, y el espíritu respondió, Legión, porque muchos somos, Dijo Jesús, imperiosamente, Sal de este hombre, espíritu inmundo (406). Próxima al monte pastaba una piara enorme, y los espíritus impuros [un coro de voces suplicantes] le pidieron a Jesús, Mándanos entrar en los puercos. Jesús lo pensó y le pareció que era una buena solución, considerando que aquellos animales debían ser hacienda de gentiles, dado que la carne de cerdo es impura para los judíos. La idea de que comiendo sus cerdos, podrían los gentiles ingerir también a los demonios que encarnaban y quedar posesos, no se le ocurrió a Jesús (407). Sí podéis pasar a los puercos, y, violentamente, entraron en los animales. Sea por lo inesperado del choque, sea porque los puercos no estaban habituados a andar con demonios dentro, el resultado fue que enloquecieron todos de repente y se lanzaron por un precipicio, los dos mil que eran, yendo a caer al mar, donde murieron ahogados” (407). Los porquerizos la emprenden a pedradas contra Jesús y sus dos compañeros, que huyen a toda prisa, subiéndose a la barca y adentrándose en el mar. “Se perdieron unos puercos, se salvó un alma, el beneficio es de Dios, dijo Tiago.” Pero Jesús impreca a Dios por su falta de inteligencia. “Los demonios que moraban en el poseso están ahora libres, lo que he hecho es tanto como cortar el mar con una espada (409). Aquella noche, en casa de Simón y Andrés, se reunieron cinco amigos para debatir la tremendísima cuestión de que Jesús sea hijo de Dios” (409). Jesús que no tiene una respuesta, revela su encuentro con Dios. Simón sugiere que quizá Jesús sea el Mesías (411).

Por algún motivo nunca dicho, en algún lugar se reúnen entre cuatro mil y cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. “Toda esta gente, en un momento dado, se encontró sin nada que comer. Cómo es posible que un pueblo tan precavido se encuentre de pronto desprovisto de un mendrugo” (413). Jesús toma seis panes y seis peces y los reparte entre sus acompañantes: María, Simón, Andrés, Tiago y Juan. “Venid conmigo y haced lo que yo haga. Iba de persona en persona, partiendo y dando pan y pescado, pero cada una recibía un pan y un pescado enteros. Del mismo modo procedían María de Magdala y los otros cuatro” (414).

“Iba Jesús por un camino cuando sintió hambre, y viendo una higuera fue a ver si en ella encontraría alguna cosa, pero al acercarse no encontró sino hojas, pues no era tiempo de higos. Dijo entonces, Nunca más nacerá fruto de ti, y en

aquel mismo instante se secó la higuera. Dijo María, Darás a quien precise, no pedirás a quien no tenga. Arrepentido, Jesús ordenó a la higuera que resucitase, pero ella estaba muerta” (415).

Conversación teológica entre Jesús, Dios y el Diablo

“Mañana de niebla densa.” Creyendo llegado el día, Jesús sube a una barca y rema hasta llegar al centro del mar. “Sentado en el banco de popa, está Dios. Es un hombre alto y viejo, de barbas fluviales, la boca espesa que hablará sin que los labios parezcan moverse. Va vestido como un judío rico, pero en los pies lleva unas sandalias rústicas” (417). Dios confirma su paternidad y pregunta a Jesús sobre el diablo. Jesús se extraña. “Siendo Dios, tienes que saberlo todo, Sólo hasta cierto punto, Qué punto, El punto en que empieza a ser interesante hacer como que ignoro” (419). El hombre conocido como Pastor nada fatigosamente hasta la barca para reunirse con ellos (421). “Jesús miró a uno, miró luego al otro y vio que, salvo las barbas de Dios, eran como gemelos, cierto es que el Diablo parecía más joven.” Jesús comprende que los cuatro años que pasó con Pastor fue por conveniencia de Dios. “Es decir, que fui engañado por los dos, Como siempre sucede con los hombres, Y ahora, qué queréis de mí, Quien algo quiere soy yo, no él, Estáis aquí los dos, por qué no lo echas de aquí, Se puede despedir a la pandilla de granujas que el Diablo tiene a su servicio, pero al Diablo, no” (422).

“Desde hace cuatro mil y cuatro años, soy dios de los judíos, gente de natural conflictivo y complicada, pero que me toman en serio (423). [Sin embargo, no me conformo con ser] el dios de un pueblo pequeñísimo que vive en una parte diminuta del mundo. Tú puedes ayudar a ampliar mi influencia para ser dios de mucha más gente, si cumples bien el papel que te he reservado en mi plan, pasaré de dios de los hebreos a dios de los que llamaremos católicos, a la griega, Y cuál es el papel que me has destinado en tu plan, El de mártir, hijo mío, que es lo mejor que hay para difundir una creencia y enfervorizar una fe, Y mi muerte cómo será, A un mártir le conviene una muerte dolorosa, y si es posible infame, en la cruz, Rompo el contrato, me desligo de ti, quiero vivir como un hombre cualquiera, Palabras inútiles, todo cuanto la ley de Dios quiera es obligatorio, Pero, con el poder que sólo tú tienes, sería mucho más fácil, y éticamente más limpio, que fueras tú mismo a la conquista de esos países y de esa gente, No puede ser, lo impide el pacto que hay entre los dioses de nunca interferir directamente en los conflictos de gentiles y paganos intentando convencerlos de que el dios de ellos es un fraude y que el verdadero Dios soy yo, ésas no son cosas que un dios le haga a otro, Entonces, os servís de los hombres, Sí, hijo mío, sí, el hombre es palo para cualquier cuchara, [y tú] serás la cuchara que yo meteré en la humanidad para sacarla llena de hombres que crearán en el dios nuevo en el que me convertiré (426). [Este ambicioso plan precisa del sacrificio de Jesús.] Tú eres, hijo mío, el cordero de Dios, aquél a quien el propio Dios lleva hasta su altar, que es lo que estamos preparando aquí (430). Ya ha pasado el tiempo en que escuchaban a los profetas, hoy necesitamos algo capaz de conmover la sensibilidad y arrebatarse los sentimientos. [Dios sugiere a Jesús que vaya por ahí pidiendo a la gente que se arrepienta,] contarles historias, parábolas, ejemplos morales, aunque tengas que retocar un poco la ley, Permites que te subviertan las leyes, Lo permito cuando me sirve. Jesús dejó caer los brazos y dijo, Hágase entonces en mí según tu voluntad (432).

Jesús quiere saber “los efectos, resultados y consecuencias del sacrificio” que se le impone. “Dijo Dios, Habrá una iglesia, que, como sabes, quiere decir asamblea, una sociedad religiosa que en tu nombre será fundada, y esa iglesia se extenderá por todo el mundo hasta confines que hoy todavía son desconocidos, y se llamará católica porque será universal (434). Pero sus cimientos [estarán] compuestos de [...] renunciadas, lágrimas, dolores, torturas. El pescador Simón, a quien llamarás Pedro, será, como tú, crucificado, pero cabeza abajo, y crucificado será también Andrés, pero en una cruz en forma de aspa, y a Tiago lo degollarán, [Juan y María de Magdala] morirán de muerte natural, pero otros amigos tendrás que no escaparán al suplicio, es el caso de un Felipe amarrado a la cruz y apedreado hasta que acaben con su vida, un Bartolomé, que será desollado vivo, un Tomás, a quien matarán de una lanzada, un Mateo, que ahora no recuerdo cómo morirá, otro Simón, serrado por el medio, un Judas, a mazazos, otro Tiago, lapidado, un Matías, degollado con hacha de guerra, y también Judas Iscariote, con sus propias manos ahorcado en una higuera (437). [Jesús quiere saber más.] Ya te lo he dicho, será una historia interminable de hierro y sangre, de fuego y de cenizas, un mar infinito de sufrimientos y de lágrimas” (438).

Acuciado por Jesús, Dios recita un elenco de mártires, hasta doscientos y pico, ordenados por nombre, y aportando las circunstancias de su muerte, metido en un horno, quemada con pez hirviendo, quemado en la parrilla, arrastrado por un caballo, corneada por una vaca furiosa, comida por los leones, arrancados los ojos y la lengua, amputadas las manos, cortados los senos, con la cabeza atravesada por un clavo de oído a oído... “Aún no estás hartado, preguntó Dios a Jesús, y Jesús respondió, Esa pregunta deberías hacértela a ti mismo” (442). Tras acabar con el alfabeto, Dios menciona de un modo general “aquellos que muriendo de su muerte propia, sufrieron el martirio de las tentaciones de la carne, del mundo y del demonio, y que para vencerlas tuvieron que mortificar el cuerpo con el ayuno y la oración [y ofenderlo] con dolor y sangre y porquerías, y otras muchas penitencias, usando cilicios y practicando flagelaciones. [La causa:] Mujeres desnudas y monstruos pavorosos son las armas con las que el Demonio atormenta las pobres vidas de los hombres” (443).

“Todo esto harás tú, preguntó Jesús a Pastor, Más o menos me he limitado a tomar como mío todo aquello que Dios no quiso, la carne [...], pero no es verdad que el miedo sea mi arma, no recuerdo haber sido yo quien inventó el pecado y su castigo y el miedo que en ellos siempre hay, Cállate, interrumpió Dios, impaciente, el pecado y el Diablo son dos nombres de la misma cosa, Qué cosa, preguntó Jesús, La ausencia de mí, Y la ausencia de ti, a qué se debe, a haberte retirado tú, o a que se hayan retirado de ti, Yo no me retiro nunca, Pero consientes que te dejen...” (444). Luego le toca el turno a las guerras y las matanzas. “El fin justifica los medios, hijo mío” (445).

Referencia a las cruzadas: doscientos años y miles de muertos para combatir a un dios de nueva creación. “Cuéntame eso de las cruzadas, Bueno, hijo mío, estos lugares donde ahora estamos, serán conquistados por los seguidores de ese dios tardío, y los nuestros harán todo por expulsarlos de los lugares que tú con tus pies pisaste y que yo con tanta asiduidad frecuenté, Para expulsar a los romanos no has hecho mucho, Te estoy hablando del futuro, no me distraigas (446). Esos ejércitos [las cruzadas] conquistaron lo que querían, No, pero mataron mucha gente, Y los de las cruzadas, Murieron otros tantos, incluso más, Y todo eso, en nuestro nombre, Irán a la guerra gritando Dios lo quiere, Y morirán gritando Dios lo quiso, una vez más no valió la pena el sacrificio, El alma, hijo mío, para salvarse, necesita

el sacrificio del cuerpo. Preguntó Pastor, quién va a crear al Dios enemigo. Dios callado quedó, pero de la niebla bajó una voz que dijo, Tal vez este Dios y el que ha de venir no sean más que heterónimos de Pessoa.” Juego de palabras: Pessoa, poeta que llegó a crear más de setenta heterónimos, significa persona en portugués. “Jesús, Dios y el Diablo se miraron asustados” (448).

“La Inquisición es el mal necesario, el instrumento crudelísimo con el que atajaremos la infección que un día se instalará en el cuerpo de tu Iglesia por vía de las nefandas herejías (448). [Luteranos y calvinistas, molinistas y judaizantes, sodomitas y hechiceros] van a morir quemados, millares y millares de hombres y mujeres, De alguno ya me has hablado antes, Ésos fueron arrojados a la hoguera por creer en ti, los otros lo serán por dudar, Morirán cientos de miles de hombres y mujeres, la tierra se llenará de gritos de dolor, de aullidos y de estertores de agonía, el humo de los quemados cubrirá el sol, su grasa rechinará sobre las brasas, el hedor repugnará y todo esto será por mi culpa, No por tu culpa, por tu causa, Padre, aparta de mí ese cáliz, El que tú lo bebas es condición de mi poder y de tu gloria, No quiero esa gloria, Pero yo quiero ese poder. Entonces, el Diablo dijo, Es necesario ser Dios para que le guste tanto la sangre” (449).

Pastor propone a Dios que lo acepte de nuevo en el cielo, como ángel arrepentido, para así evitar el sacrificio de Jesús y la muerte de tanta gente, pero Dios se muestra inflexible. “No te acepto, no te perdono, te quiero como eres y, de ser posible, todavía peor, Por qué, Porque este Bien que yo soy no existiría sin ese Mal que tú eres” (451). Pastor y Dios se marchan. Al disiparse la niebla, Jesús ve una multitud en la playa. Algunas barcas se acercan a la suya. El primero en llegar es Simón, que sube a la barca de Jesús y le informa de que llevan cuarenta días sin poder echarse a la mar por culpa de la niebla y de una fuerza invencible que devolvía las barcas a la orilla (453).

Jesús se da a conocer como el Hijo de Dios. Simón grita a los de tierra: “Hosanna, llega el Hijo de Dios, estuvo en el mar cuarenta días hablando con el Padre, y ahora vuelve a nosotros para que nos arrepintamos y nos preparemos” (456). Luego de enardecer a la gente, Simón se vuelve a Jesús: “Ponte en proa, de pie, pero hasta que no estemos en tierra, no digas ni una palabra.” Jesús desembarca, sube a un ribazo y habla: “Son llegados los tiempos del Señor y debéis arrepentiros antes de que el Diablo venga a recoger las espigas perdidas” (457). Tomás le pide una prueba de su divinidad. Jesús hace doce pajarillos de barro a los que llama Simón, Andrés, Tiago, Juan, y a uno lo llama Tomás. Luego, los cubre con una red para que no se escapen. Cuando, a instancias de Jesús, Tomás levanta la red, los pájaros de barro cobran vida y echan a volar. “Mira, Tomás, tu pájaro se ha ido, No, Señor, está aquí arrodillado a tus pies, soy yo.” Tras el prodigio, algunos hombres se acercan y dicen sus nombres: Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón, Tiago, hijo de Alfeo, Judas Tadeo, Judas Iscariote. Entonces, Jesús dijo: “Ahora estamos todos, ha llegado la hora. Y a Simón, hermano de Andrés, Como tenemos otro Simón con nosotros, de hoy en adelante te llamarás Pedro. Dieron la espalda al mar y se pusieron en camino, tras ellos iban las mujeres, casi todas son Marías, incluso las que no lo sean responderían por ese nombre, que decimos María y ellas vuelven la mirada y vienen a servirnos” (460).

“Jesús y los suyos iban por los caminos y los poblados y Dios hablaba por boca de Jesús, y he aquí lo que decía, Se ha completado el tiempo y está cerca el reino de Dios, arrepentíos y creed en la buena nueva.” Jesús acompaña sus

palabras con milagros: sana a un leproso (461), a un paralítico de Cafarnaúm que han descolgado "por un agujero del tejado de la casa", perdonándole sus pecados para escándalo de unos escribas (462).

“Como, en su mayor parte, esta confiada gente procedía de bajos estratos sociales, se atrevió Jesús, un día en que Dios lo dejó más libre, a improvisar un discurso [de contenido más social que divino: Bienaventurados los pobres, los que pasáis hambre, los que lloráis...] En este momento se dio cuenta Dios de lo que estaba ocurriendo y forzó la lengua de Jesús para que pronunciara otras palabras distintas, Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os insulten por causa del Hijo del Hombre. Cuando Jesús acabó de decir esto, fue como si el alma se le hubiera caído a los pies, cayó de rodillas y, postrado, oró en silencio, ninguno de los que se encontraban allí podría imaginar que él estaba pidiendo, a todos, perdón. Aquella noche, en la intimidad de la tienda donde dormía con María de Magdala, Jesús dijo, Yo soy el pastor que lleva al sacrificio a los inocentes y a los culpables, quién me libraré de este remordimiento, a mí que me veo hoy como se vio mi padre, pero él responde de veinte vidas, y yo por veinte millones. María de Magdala lloró con Jesús y le dijo, Dios es quien traza los caminos y manda a los que por ellos han de ir, sería mejor que aceptases con resignación el destino que Dios ha escrito para ti” (465).

Jesús manda a sus amigos, de dos en dos, a predicar la buena nueva, prohibiéndoles ir por ciudades de gentiles y samaritanos. “Les dijo Jesús que curasen enfermos, resucitasen muertos, limpiasen leprosos, expulsasen demonios, pero no se observa que haya quedado registro ni memoria de tales acciones, lo que sirve para mostrar que Dios no se fía de cualquiera” (467).

Mientras tanto, Jesús y María viajan de incógnito a Betania. Marta, la hermana gemela de María, no puede ocultar su embeleso ante Jesús ni su resentimiento hacia María: “Te recibo como hermana por la sangre, y espero que pueda llegar el día en que te reciba por el amor, pero hoy no (471). [Jesús interviene:] Dios nos juzga a todos y cada día nos juzgará de manera diferente, según lo que cada día somos” (472). A la pregunta de María sobre su hermano Lázaro, Marta responde que copia libros en la sinagoga porque su salud no le permite hacer esfuerzos, dejando entrever su disgusto por tener que soportar todo el trabajo de la casa. Luego, se vuelve a Jesús: “Vienes cansado, siéntate y déjame que te lave los pies.” Más tarde, estando a solas, María dice a Jesús que ambas hermanas están enamoradas del mismo hombre, y él refuta: “El corazón de Marta está lleno de tristeza por no haber vivido, La tristeza de ella no es ésa, está triste porque piensa que no hay justicia en el cielo si es la impura quien recibe el premio y la virtuosa tiene el cuerpo vacío, Dios tendrá para ella otras compensaciones, Puede ser, pero Dios no debería privar de ninguno de los frutos de su obra a las mujeres, de las que también fue autor, Conocer hombre, Sí, como tú conociste mujer, y no debías necesitarlo más, siendo, como eres, hijo de Dios” (473).

Lázaro abraza a María y mira a Jesús con simpatía. Mientras las mujeres preparan la cena, los hombres salen al patio. Jesús toma la mano de Lázaro y lo sana sólo con decir: “Estás curado” (475). Ante el estupor de Lázaro, María le aclara que Jesús es hijo de Dios, paternidad que Jesús siempre elude reconocer. Marta se abraza a él y se arrodilla a sus pies (476). Por la noche, cuando Jesús y María yacen juntos, Marta se cubre la cara y musita: “Yo sería más digna” (477).

“A la mañana siguiente, la noticia corrió velocísima. Ya a la puerta de la casa se juntaban curiosos. También vinieron los enfermos a la cura, hasta el punto de que era imposible dar un paso en la estrecha callejuela donde vivían Lázaro y las hermanas (478). Sálvanos, gritaban éstos, Cúrame, imploraban aquéllos, Jesús curó a uno que por ser mudo nada podía pedir, y a los otros los mandó a sus casas porque no tenían fe bastante.” Viendo que la casa se ha convertido en lugar de peregrinación, “Jesús les mandaba que se reuniesen en un monte fuera de la aldea y allí iba él a predicarles el arrepentimiento y hacer algunas curas. Tanto se habló y dijo que las voces llegaron a Jerusalén, haciendo que se engrosaran las multitudes” (479). También acuden los escribas, irritados y perplejos. “Jesús no fue a sembrar grano en Jerusalén, pero en Betania forjaba y daba filo a la hoz con la que lo habrán de segar” (481).

Pasados tres meses, los discípulos de Jesús se van reuniendo con él y le hablan de un profeta llamado Juan. “Ya llegó, dijo Jesús, y los amigos no comprendieron lo que quería decir con esas palabras, sólo María de Magdala, pero ésa lo sabía todo” (481). Los últimos en llegar, Tomás y Judas de Iscariote, dicen haber hablado con Juan. “Juan estaba en el desierto cuando la palabra de Dios le fue dirigida, entonces se fue de allí a las márgenes del Jordán a predicar un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, pero yendo las multitudes a él para hacerse bautizar, las recibió con estos gritos, Raza de víboras, lo que tenéis que hacer es dar frutos de arrepentimiento sincero, y las multitudes, llenas de temor, le preguntaron [...] si él era el Mesías, y respondió, Yo os bautizo en agua para moveros al arrepentimiento, pero va a llegar quien es más poderoso que yo que os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Entonces dijo Pedro, Eres tú el Mesías que Juan anuncia, y Jesús, Tú eres quien lo dice, no yo.” Jesús decide ir en busca de Juan, acompañado por Tomás y Judas (483), encontrando al profeta en Betabara, cerca de Betania. Jesús se adelanta y se hace bautizar por Juan. Luego, regresa junto a sus discípulos y pasa de largo, sin saciar su curiosidad. Sólo a María le cuenta su encuentro con Juan. “Después de esta conversación con María de Magdala, Jesús no habló más durante una semana” (486).

Jesús se va a vivir a las afueras de Betania, sin mantener contacto con nadie, ni siquiera con María. Cada noche sale al desierto y se sienta en un claro, donde permanece hasta el amanecer, meditando las consignas que le ha dado Juan el Bautista. “Comía sólo una pequeña parte del alimento que Juan y Judas de Iscariote le llevaban, pero no respondía a sus saludos, una vez incluso despidió rudamente a Pedro, que quería saber cómo estaba. Los discípulos no estaban habituados a que les hablara en este tono ni a verlo con aquella expresión de dureza en la cara” (487). Al octavo día, Jesús da orden de ir a Jerusalén. Ante la falta de explicaciones, “Pedro, como el de más edad de cuantos allí estaban, dijo, No está bien que nos trates como si fuésemos chiquillos sin tino o viejos caducos, Perdonadme todos, dijo Jesús, pero ni yo mismo sé lo que me lleva a Jerusalén, Quién te dijo que tienes que ir a Jerusalén, Alguien que entró en mi cabeza para decidir lo que tendré que hacer y no hacer [...] hemos probado la paz, probemos ahora la espada” (488).

“A la mañana siguiente, Jesús y los suyos tomaron el camino de Jerusalén” (489). El aspecto de los galileos despierta la curiosidad de la gente “fueron muchos tras ellos, de modo que al llegar a la entrada del Templo no eran trece, eran mil.” Jesús empieza a derribar los puestos de los mercaderes mientras grita con “una voz de bronce, estentórea, De esta casa que debiera ser de oración para todos los

pueblos, habéis hecho un cubil de ladrones (490). Los guardias del Templo, armados de garrotes, se encontraron con trece rudos galileos que, cayado en mano, barrían a quien osaba hacerles frente.” Pero la llegada de “más guardias, gente de espada y lanza”, cambia el signo de la pelea. Entonces, desde lo alto de la escalinata, el sumo sacerdote ordena: “Dejadlo ir por esta vez, pero si vuelve lo cortaremos y lo echaremos del Templo como la cizaña que crece entre las mieses y amenaza con ahogar el grano (491). Cansados todos, maltrechos algunos, tomaron el camino de regreso [entre] los abucheos y burlas de la multitud” (492).

Al llegar a Betania, Lázaro ha muerto. “Marta dijo a Jesús, Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto, pero yo sé que todo cuanto a Dios le pidas, él te lo concederá. Jesús le dijo, Tu hermano resucitará. Jesús se levantó, sintió que una fuerza infinita arrebataba su espíritu, podía, en esta hora suprema, obrarlo todo, expulsar a la muerte de este cuerpo, podía decir, Yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Sólo falta que Jesús diga, Lázaro, levántate, y Lázaro se levantará, pero es en este instante cuando María de Magdala pone una mano en el hombro de Jesús y dice, Nadie en la vida tuvo tantos pecados que merezca morir dos veces, entonces Jesús dejó caer los brazos y salió para llorar” (494).

Con el paso de los días, los discípulos se impacientan, pero Jesús necesita poner en orden sus ideas (495), acosado por los reproches de Marta y la lucidez de María. “Pasados unos días, Jesús se unió con sus discípulos, y María de Magdala fue con él, Miraré tu sombra si no quieres que te mire a ti, le dijo, y él respondió, Quiero estar donde mi sombra esté, si es allí donde están tus ojos. Se amaban y decían palabras como éstas porque preveían que el tiempo de las sombras estaba llegando a su hora y era preciso que empezaran a acostumbrarse a la oscuridad de la ausencia definitiva” (498).

A Betania llega la noticia de que Herodes ha ordenado degollar al Bautista. Tras el susto inicial, Jesús y los suyos respiran al saber “que el motivo del encarcelamiento y ejecución nada tenía que ver con anuncios de Mesías o reinos de Dios, sino con el hecho de clamar contra el adulterio que Herodes cometía, casándose con Herodías, su sobrina y cuñada, en vida del marido de ésta (499). Qué es esto, preguntaba [Judas encolerizado], anuncia Juan que viene el Mesías a redimir al pueblo y lo matan por denuncias de concubinato y adulterio, como si no supiéramos que ése fue siempre el vivir corriente y común de la familia [...], si fue Dios quien mandó a Juan anunciar al Mesías, por qué quiere él que sus propios designios sean así rebajados (500). Jesús dijo, Pregunte Juan a Dios por qué hizo morir por una causa tan mezquina a quien tan grandes cosas había venido a anunciar. [Y siguió:] Sé cuál es mi destino y el vuestro, conozco las razones de Dios y sus designios, y de todo esto debo hablaros, Por qué, preguntó Pedro, mejor sería que callases. [Pero Jesús revela el fin que espera a cada uno de los presentes, excepto a Juan y Judas, a cuyas preguntas responde:] Tú, Juan, llegarás a viejo y de viejo morirás, en cuanto a ti, Judas de Iscariote, evita las higueras, porque te vas a ahorcar en una con tus propias manos. Moriremos por tu causa, Por causa de Dios, Qué quiere Dios, Quiere el mundo todo para sí, Pero si Dios es señor del universo, como puede el mundo no ser suyo desde siempre, preguntó Tomás, Eso no lo sé, dijo Jesús” (500/503).

Jesús llega a la conclusión de que, si la voluntad de Dios exige su sacrificio en la cruz, no hay motivo para provocar un mayor derramamiento de sangre. Por tanto, sus discípulos deberán ir al Templo para denunciarlo como

enemigo de Herodes y de los romanos. En medio de la protesta general, Judas se ofrece a ser el delator. Todos se vuelven contra él, pero Jesús los contiene: “Dejadlo, que nadie le haga mal. Después se levantó lo abrazó y lo besó en las dos mejillas, Vete, mi hora es tu hora. Sin una palabra, Judas de Iscariote desapareció en la oscuridad” (504).

A la mañana siguiente, los soldados asaltan el campamento, preguntando por el que dice ser rey de los judíos. “Yo soy el rey de los judíos. [Jesús es prendido.] Entonces María de Magdala dio un grito como si se le estuviera rompiendo el alma, y Jesús dijo, Vosotras, mujeres, todas habréis de llorar, pero sabed que por cada lágrima vuestra se derramarían mil en el tiempo que ha de venir si yo no acabo como es mi voluntad (505).” Camino de Jerusalén, el grupo se detiene. “Allí, en una higuera, a la orilla del camino por donde Jesús tendría que pasar, colgado por el cuello, estaba el discípulo que se presentó voluntario para que se pudiera cumplir la última voluntad del maestro (506). Jesús fue llevado al consejo de ancianos, príncipes de los sacerdotes y escribas.” Ante el sumo sacerdote, Jesús se reconoce rey de los judíos, pero no confirma su afiliación con Dios. “Los soldados se llevaron a Jesús al palacio de Pilatos [procurador de los romanos, entre] los abucheos y los empujones de la multitud (509).” Durante el interrogatorio, Jesús reconoce que su misión, como rey de los judíos, es combatir y expulsar a los romanos. “Me obligas a condenarte, Cumple con tu deber, Quieres elegir tu muerte, Ya la he elegido, Cuál, La cruz, Morirás en la cruz.” Jesús pide que sobre su cabeza coloquen la leyenda Jesús de Nazaret Rey de los Judíos (511). Después de que los soldados se llevaran a Jesús, Pilatos “mandó que trajeran agua para lavarse las manos, como era costumbre después de dictar sentencia.” Camino del Gólgota, el peso del madero hace flaquear las piernas de Jesús y el centurión ordena a un hombre que iba de paso que lo ayude. Pedro es reconocido como seguidor de Jesús, pero lo niega tres veces (512).

“Los soldados no dejarán pasar a nadie por las proximidades del lugar donde están levantadas tres cruces, dos ocupadas ya por hombres que gritan y claman y lloran, y la tercera, en medio, esperando a su hombre, derecha y vertical. Dijeron los soldados a Jesús que se tumbase, y él se tumbó, le pusieron los brazos abiertos sobre el patíbulo...” Cuando le traspasan las muñecas, Jesús se ve como su padre en Séforis, “y luego la primera dilaceración de las carnes estiradas cuando el patíbulo empezó a ser izado todo su peso suspendido de los frágiles huesos, y fue como un alivio cuando le empujaron las piernas hacia arriba y un tercer clavo le atravesó los calcañares” (513). La imagen de tres cruces verticales resulta desconcertante. Se ha dicho que Jesús lleva su propia cruz, en la que lo clavan tumbado para izarla después.

“De pronto el cielo se abre de par en par y Dios aparece, y su voz resuena por toda la tierra diciendo, Tú eres mi Hijo muy amado, en ti pongo toda mi complacencia. Entonces comprendió Jesús que su vida fue trazada desde el principio para morir así, y, trayéndole la memoria el río de sangre y de sufrimiento que de su lado nacerá e inundará la tierra, clamó al cielo abierto donde Dios sonreía, Hombres, perdonadle, porque él no sabe lo que hizo. Luego se fue muriendo en medio de un sueño. Aún había en él un rastro de vida cuando sintió que una esponja empapada en agua y vinagre, le rozaba los labios, y entonces, mirando hacia abajo, reparó en un hombre que se alejaba con un cubo y una caña al hombro. Ya no llegó a ver, colocado en el suelo, el cuenco negro sobre el que su sangre goteaba” (514).

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

- [Todos los nombres](#) (1998)
- [La caverna](#) (2000)